



DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL PARTIDO POPULAR Y PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA PRESENTACIÓN DE LA REVISTA *CUADERNOS DE PENSAMIENTO POLÍTICO*, DE LA FUNDACIÓN FAES

Madrid, 4 de marzo de 2004

Es para mí una gran satisfacción estar esta tarde en la presentación de los *Cuadernos de Pensamiento Político*, de FAES.

Como es conocido, dentro de poco FAES va a ser mi lugar de trabajo y no voy a ir ahí pensando y queriendo una jubilación tranquila, más bien todo lo contrario. Yo no sé trabajar poco, no he nacido para eso y, además, he dado alguna prueba de ello. Voy a seguir haciéndolo y lo verán, espero. Desde FAES, por lo tanto, trabajaré todo lo que pueda al servicio de las ideas en las que creo, al servicio de España y de los valores de la libertad.

FAES es una Fundación con una buena trayectoria de hace más de una década, que refundamos hace año y medio, y lo hicimos con la vocación de convertirla en una gran plataforma de pensamiento y de creación de ideas políticas. FAES está concebida para abrir debates, o participar en aquellos que estén abiertos, sobre el mundo en que vivimos y sobre la España que queremos. Ya sé que tomar posición conlleva riesgos, pero sé también que sin posición propia no hay ideas propias y no hay rumbo político. Como dije al presentar el proyecto de lo que hoy es FAES, si el Partido Popular es un partido de Gobierno lo es porque ha sabido ofrecer ideas y proponer alternativas.

En este tiempo de andadura FAES ya ha hecho cosas importantes y ha dado muestras de lo que puede llegar a ser, y creo que debemos seguir en esa línea. FAES debe consolidarse como una Fundación de referencia, como un punto de encuentro en una forma de pensar sobre España y sobre la libertad.

Hoy presentamos esta nueva iniciativa: nuestros "Cuadernos de Pensamiento Político", que con su segundo número quieren ya abrirse un hueco que espero que cada vez sea más importante. Los "Cuadernos" responden a la idea que nos llevó a crear la Fundación. Se trata de unos "Cuadernos" en los que se debaten los temas, y queremos que así sea, que realmente interesan, que van por delante, que invitan a la reflexión sobre el futuro en España y en el mundo.

Se trata de una revista en la que cada vez tendrá mayor peso la opinión de personalidades políticas y académicas de otros lugares de Europa y del mundo; se trata de una iniciativa que, como la propia FAES, va a estar al servicio de las políticas que aprecian la libertad y que creen que ésta es, justamente, el motor del progreso en el mundo.

Queridas amigas y amigos,

Sabemos que el libre contraste de las ideas es imprescindible en una democracia. La política no puede limitarse a una buena gestión, sino que debe estar orientada por principios, y las buenas políticas no pueden estar aisladas unas de otras en compartimentos estancos; deben ser coherentes con unos mismos principios para que las reformas y las líneas directrices de un Gobierno sean positivas para el conjunto del país.

Cuando se olvidan los principios y cuando un dirigente político piensa más en las reacciones inmediatas que en los beneficios a largo plazo, se cometen errores. Cuando en política se cambian los mensajes por querer halagar los oídos más cercanos, se cae en el absurdo de decir cosas distintas a cada hora del día o en cada ciudad que se visite, se cae en la irrelevancia, en la falta de credibilidad y, en lo que es más grave, en la irresponsabilidad.

En estos años al frente del Partido Popular he animado a mis compañeros de partido siempre, y también de Gobierno, a tener siempre nuestras convicciones como referente. No es posible tomar decisiones difíciles, a veces impopulares, si no se tiene el respaldo de los principios y de las convicciones propias.

Creo que una parte de los éxitos que hemos alcanzado en este tiempo se debe precisamente a haber seguido unas líneas y unas orientaciones bien claras y bien definidas, y entre ellas destacaré dos: por una parte, tenemos una idea clara de España y del modelo constitucional como pacto de convivencia para todos; por otra, defendemos la importancia básica de la persona como destinataria y protagonista de cualquier política. Por eso queremos y buscamos la máxima expansión de la libertad individual, indisociable con la responsabilidad de cada persona e inseparable del esfuerzo necesario para alcanzar las metas y los proyectos que se propongan. La experiencia demuestra que las políticas que se basan en estas ideas son las que más benefician al conjunto de la sociedad y, particularmente, a los que más lo necesitan.

Durante estos ocho años de Gobierno que ahora concluyen hemos querido, por decirlo de esta manera, equipar de la mejor manera posible a nuestro país y a nuestra sociedad para el proyecto y para el viaje que juntos hemos emprendido. El viaje que iniciamos hace ya tiempo era un viaje desde el desaliento hacia la prosperidad; un camino que, partiendo de un estancamiento histórico, nos conduciría, si no nos distraemos, si no nos desviamos, al pleno empleo y a los niveles de renta más altos que podemos conocer.

Creo que hoy España se encuentra en una excelente base de partida. Somos un país respetado, somos la octava economía del mundo, somos un país dinámico, abierto y próspero, y esto lo hemos podido conseguir, en gran medida, porque hemos sabido mantener un modelo constitucional estable, un modelo basado en los principios que han demostrado que hacen prosperar y que son útiles para hacer prosperar una nación: la garantía de los derechos y libertades de las

personas, el Estado de Derecho, la economía libre y unas instituciones fuertes; un modelo que también nos ha permitido ser uno de los países más descentralizados del mundo, con un proceso de descentralización que no se ha detenido en los últimos ocho años; al contrario, recordemos que justamente ha sido ahora cuando el gasto de la Administración Autonómica y Local supera al de la Administración General del Estado.

Sin embargo, hay quienes quieren dismantelar todo lo que hemos logrado para llevarnos a un abismo de consecuencias imprevisibles. Todavía nadie nos ha explicado por qué los españoles debemos destruir todo lo que hemos conseguido hasta ahora, para abrir un escenario de incertidumbre institucional y de incertidumbre económica.

Queridas amigas y amigos,

La economía española se encontraba en 1996 seriamente enferma. Nuestras cifras de paro eran muy elevadas, las cuentas públicas no estaban precisamente bajo control y el volumen de la Deuda Pública había crecido de una manera alarmante. La Seguridad Social estaba en una situación más que delicada e incorporarnos al euro en el grupo de cabeza era poco menos que imposible.

Había mucho que hacer y nos pusimos manos a la obra. Liberalizamos mercados y transferimos directamente el poder de decisión al sector privado. Controlamos el déficit público, iniciamos la política de estabilidad que nos llevó al equilibrio presupuestario, entramos en el euro desde el primer momento y, con las cuentas en orden, pudimos reducir los impuestos, tanto a las familias, como a las empresas, como a los autónomos. Abandonamos la cultura del dirigismo y de la subvención.

Ésta fue nuestra apuesta desde 1996 y creo que los hechos nos dan la razón. Hemos cerrado el año 2003 con un crecimiento del 2,4 por 100, es decir, dos puntos más que la zona euro. En ocho años hemos recortado más de nueve puntos la brecha que nos separaba de Europa: nuestra renta por habitante era en

1996 el 78 por 100 de la renta media europea y a finales de 2003 nuestra renta media es el 87,4 por 100 de la renta media de Europa.

Las reformas nos han permitido conocer algo nuevo en nuestra historia, que es atravesar un período de grave crisis y estancamiento económico mundial, como los años 2001 y 2002, sin que se destruya empleo, sin dejar de crecer y aumentando nuestra convergencia con Europa. No habíamos conocido antes, con un crecimiento del 2 por 100, un ritmo tan vigoroso de creación de empleo y esto, que a muchos pasa inadvertido, tengo que decir que convierte esta séptima legislatura de nuestra democracia en una legislatura histórica en términos de empleo.

No podemos olvidar los casi cuatro millones y medio de puestos de trabajo creados desde 1996. En sólo ocho años el empleo ha crecido en España más de un 34 por 100, un avance muy espectacular, muy relevante, si consideramos que, en términos netos, entre 1976 y 1996 España no fue capaz de crear ni un solo puesto de trabajo neto, ni uno. Trabajaba el mismo número de personas en España en 1976 que en 1996.

Este año, 2004, será ya el cuarto año con equilibrio presupuestario. Esto significa que no queremos dejar cuentas pendientes a las generaciones futuras, significa haber reducido el volumen de Deuda Pública desde el 68 por 100 al 52 por 100 y significa ver reducido el gasto de pago de intereses desde el 5,3 por 100 del Producto Interno Bruto en 1996 al 2,7 por 100 a finales de 2003. Es decir, esto significa, ganar reputación y credibilidad.

Ésta es la economía española en la actualidad; una economía que crece, que crea empleo muy por encima de nuestros socios europeos, una economía que constituye un referente en el mundo a día de hoy, una economía saneada y que hace posible afrontar retos ambiciosos para la próxima legislatura que, en mi opinión, son los siguientes: es posible alcanzar el pleno empleo, es posible incrementar nuestro crecimiento y es posible eliminar el diferencial de renta con

los países más avanzados de Europa. Creo que todas estas cosas en los próximos años deben ser nuestros objetivos y creo que son posibles.

También quiero decir que el peso creciente de España en el exterior es el resultado de las políticas emprendidas, pero que el aumento de nuestra influencia en el mundo no debe ser considerado como un fin en sí mismo; es un medio para mejor servir a los intereses de la nación y atender así las necesidades concretas de los españoles.

Los valores y principios que han guiado la política interior del Gobierno han guiado también los ejes de la acción exterior de nuestro país: la defensa de las libertades, la lucha contra el terrorismo, la proyección de nuestra lengua y cultura, la apertura de nuestra economía y el fomento de la liberalización y la contribución al desarrollo defendiendo la dignidad de la persona.

Nuestra libertad, nuestra seguridad y nuestra prosperidad también dependen de lo que ocurra fuera de nuestras fronteras. Los atentados del 11 de septiembre y la lucha internacional contra el terrorismo o el rumbo que marquemos al devenir de Europa son y serán prueba muy importante para ello.

En 1996, antes de ser Presidente del Gobierno, me comprometí a que asumiríamos nuestras responsabilidades internacionales sin jactancia, pero con firmeza y con decoro. Creo que desde entonces, y sobre todo en los momentos más determinantes, así lo hemos hecho. Dicho de otro modo, hemos cumplido con nuestra obligación, sabiendo con claridad cuáles son nuestras prioridades y cuáles son nuestros principios y nuestros valores. Nada nos debe asustar, pero mucho menos no nos debe asustar defender lo que somos ni la herencia recibida, y creo firmemente que una sociedad que no es capaz de defender los valores en los que se sustenta está condenada a desaparecer, y yo no quiero que a mi país eso le pueda llegar a ocurrir.

Queridas amigas y amigos,

Hemos hablado ya de algunas de las piezas imprescindibles de nuestro proyecto durante estos años, de la estabilidad institucional, de las reformas económicas, de la consolidación de nuestra presencia en el exterior; pero había otras reformas no menos importantes que deberíamos acometer para enfrentarnos con garantías a nuestra tarea.

Me refiero por ejemplo, a la Educación, porque necesitábamos volver a situar el reconocimiento del mérito y del esfuerzo, y el respaldo a la labor de los docentes, en el lugar que nunca debieron abandonar.

Me refiero a la reforma de la Justicia, porque necesitábamos una Justicia más ágil, rigurosa con los infractores y protectora de las víctimas.

Me refiero al fortalecimiento de los cauces de participación de los ciudadanos y a la reforma de los derechos de petición, de asociación y de fundación, que ahora disponen de un más amplio campo de libertad.

Me refiero a las reformas emprendidas para reconocer a las familias su papel insustituible de cohesión de nuestra sociedad, para hacer compatible la vida laboral y social con una vida familiar plena.

Me refiero a los grandes proyectos nacionales de vertebración como el Plan Hidrológico y como las redes de infraestructuras, que son el reflejo también de una España solidaria, moderna y unida.

Y me refiero, por último, y no pienso en absoluto ser exhaustivo, a las reformas en materia de inmigración, uno de los grandes cambios que han ocurrido en España y que han ido acomodando nuestro marco legal a la exigencia de un fenómeno que está cambiando a ojos vistas la composición y la fisonomía de las sociedades occidentales, también de la española. Un fenómeno así exige una

respuesta tan rápida como responsable para conseguir las máximas garantías de integración y de convivencia.

Pues bien, en estos ocho años hemos andado un buen trecho del camino que propusimos recorrer a todos los españoles. Hoy creo poder decir con el aval de los resultados que España es más segura, tiene más bienestar, más oportunidades y más libertad.

Esos avances no habrían sido posibles si no hubiésemos creado una base firme y estable para la prosperidad. Ahora es decisión de todos los españoles continuar construyendo sobre ella o desandar el camino y empezar a desmantelarla piedra a piedra y reforma a reforma. Nuestro futuro no está escrito. De la decisión que tomemos cada uno de nosotros dependerá seguir avanzando por el camino de la estabilidad institucional y económica o, por el contrario, comenzar a retroceder.

Todos, a veces, o, si se quiere, muchas veces, tendemos a creer que las cosas que van bien no pueden torcerse, y no es verdad; muchas veces pensamos que el progreso no admite vuelta atrás, y no es verdad; o muchas veces pensamos que la prosperidad de hoy no puede desaparecer mañana, y no es verdad. La historia está llena de ejemplos de que eso no es así.

España está en condiciones de alcanzar en muy pocos años el nivel de vida y el nivel de prestigio de las grandes naciones del mundo. Es perfectamente posible. Sabemos que estamos cerca, sabemos cuál es la ruta política para seguir aproximándose y sabemos también que para llegar a esa meta hace falta un Gobierno fuerte, sólido y seguro, respaldado por una amplia mayoría; un Gobierno que no pierda el tiempo en frivolidades, sino que lo gane para trabajar.

Es evidente que yo no tengo dudas de qué Gobierno prefiero para España y esto no solamente por una afinidad de partido, sino también por un compromiso con nuestras convicciones y con nuestras ideas. Pero tengo que decir, con toda sinceridad y también con toda claridad, que me preocuparía mucho que España

estuviera gobernada por una coalición de la que formaran parte partidos radicalizados y extremistas, y me preocuparía que la posición de España fuera una posición de pancarta, con espíritu de pancarta y con el gesto furioso de algunas pancartas.

Ahora no parece realista, pero invito a cada uno que imagine cuál sería el programa de investidura de un candidato apoyado por una coalición de esa naturaleza, e invito a imaginar, y también invito a rechazarlo, en qué consistiría el cambio de régimen que preconiza un determinado dirigente independentista que forma ya parte de una coalición de Gobierno en una determinada Comunidad Autónoma. Se está hablando ya, con todas las palabras, de cambio de régimen y lo hace quien enseña una llave para acreditar su poder decisivo. No se eche en saco roto ni se piense que esas cosas no pasan, porque la Historia también nos enseña que esas cosas pasan.

Creo que España necesita garantías y no eslóganes de pancartas. Necesita seguir ganando y no perderse por el camino. España, en fin, requiere saber muy bien que somos un gran país y, además, un gran país unido, con una gente espléndida que se esfuerza, que avanza y con unas oportunidades que ya las hubiesen querido muchos españoles a lo largo de nuestra historia.

Estamos, por lo tanto, en las mejores condiciones para enfrentarnos a nuevas ambiciones, a seguir creciendo más y creando más empleos, a continuar las reformas que limitan nuestro progreso, a fomentar las inversiones en nuevas tecnologías, a proteger mejor el medio ambiente y a garantizar más y mejor la seguridad de los ciudadanos. Éstas son las cuestiones de las cuales nos tenemos que ocupar y espero que nos ocupemos; pero no podremos hacerlo si, en lugar de centrarnos en esto, que es lo que importa, desperdiciamos nuestras energías en problemas que no lo son, en asuntos que no interesan a los ciudadanos, sino sólo a una minoría de políticos más preocupados por saciar su ambición de poder que por las necesidades de nuestro país.

En España, y también lo digo con rotunda claridad, no existe un problema de diseño constitucional o territorial pero, si algunos siguen empeñados en crearlo, lo habrá y sería una gravísima irresponsabilidad hacerlo.

Cuantos problemas pudo haber en el pasado quedaron cabalmente resueltos en el pacto constitucional y se resolvieron como debía hacerse, que es por la vía del acuerdo de la inmensa mayoría. No tiene el menor sentido jugar con el futuro de todos y, sin embargo, ya hemos visto como en una Comunidad Autónoma un partido ha renunciado a su carácter nacional para pactar el desmantelamiento de la Administración del Estado.

Éste es, justamente, el camino que no se debe seguir y no se diga que no puede pasar, porque la Historia demuestra que ya ha pasado. Eso supone la ruptura de los consensos básicos en torno a los cuales hemos avanzado durante veinticinco años y lo que me parece más triste de todo es que detrás de todo eso uno no puede encontrar más que ambiciones desmedidas de poder.

Podemos elegir un camino de políticas coherentes, de estabilidad y de serenidad, o podemos elegir la ruptura de los acuerdos y la quiebra de nuestro proyecto en común. Ésa es nuestra elección.

Yo estoy convencido de que el conjunto de los españoles, que viven en una situación de partida magnífica, contamos con los elementos más adecuados para afrontar el futuro en las mejores condiciones. Acabo de mencionar riesgos y riesgos graves que debemos evitar, y confío en que sepamos hacerlo. Si lo hacemos, si canalizamos nuestras energías hacia el progreso y la prosperidad de todos, en lugar de mirar atrás para revisar problemas ya resueltos, en poco tiempo estaremos con los más avanzados.

Tenemos más cerca que nunca, por fin, alcanzar este gran objetivo nacional. Debemos aprovechar los años de mayor estabilidad democrática institucional para que el bienestar alcance a toda la sociedad. Si sabemos persistir en el

sentido común, España podrá conseguir cualquier meta que se proponga y la meta no podrá ser otra que estar en el grupo de las grandes naciones del mundo que trabajan, que deciden y que asumen sus responsabilidades.

Muchas gracias a todos y mucha suerte.